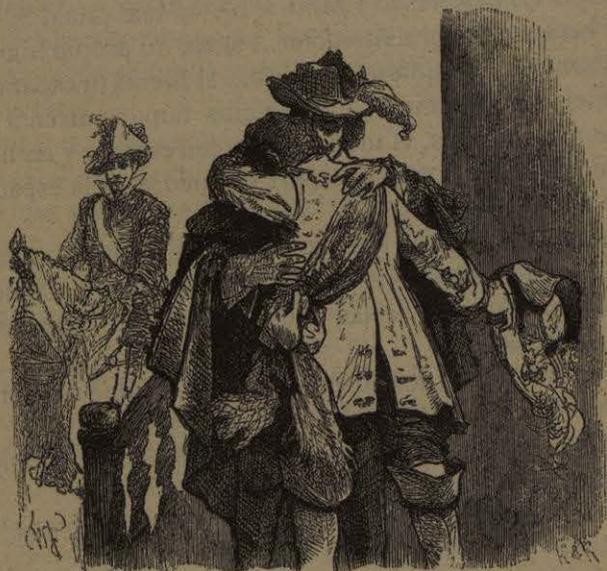


OCTAVIO.—Adiós, hijo mío!

MAX.—Adiós.

OCTAVIO.—¡Qué!... ni una mirada de afecto, ni un apretón de manos por despedida, cuando marchamos á una guerra cruenta de incierto resultado!... No nos separábamos así otras veces. ¡Entonces, es verdad que he perdido á mi hijo!

(Max se arroja en sus brazos, y ambos permanecen largo tiempo abrazados en silencio. Luégo se va cada cual por diferente lado.)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

Habitación de la duquesa de Friedland

LA CONDESA TERZKY.—TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN; las dos últimas trabajando en la labor

LA CONDESA

NADA tienes que preguntarme, sobrina?... nada absolutamente? Mucho há que aguardo una pregunta... ¿Cómo puedes pasarte tantas horas sin pronunciar su nombre una sola vez? Sin duda te parece ya superfluo mi auxilio ó hallasteis otro medio de comunicaros... Confíesalo: ¿le has visto?

TECLA.—Ni ayer, ni hoy.

LA CONDESA.—¿Sabes algo de él? Nada me ocultes.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—¡Y sigues tan tranquila!

TECLA.—Tan tranquila.

LA CONDESA (á la Neubrunn).—Dejadnos solas.

(Vase la Neubrunn.)

ESCENA II

LA CONDESA.—TECLA

LA CONDESA.—Francamente, no me gusta verle guardar tal silencio en los momentos actuales.

TECLA.—Pues ahora es oportuno; en los momentos actuales.

LA CONDESA.—¿Ahora que lo sabe todo?

TECLA.—Hablad más claro, si queréis que os comprenda.

LA CONDESA.—Por eso he querido quedar sola contigo. Ya no eres una niña, Tecla. Tu corazón no necesita ya tutor, porque amas y el amor da fuerza y energía, de lo cual has dado ya pruebas: en esto te pareces más á tu padre que á tu madre. Puedes, por tanto, oír cosas que ella no sería capaz de soportar.

TECLA.—Os ruego que abreviéis. Poco importa lo que tengáis que decirme; hablad. Seguro que no me atormentará tanto como ese exordio. Decídmelo todo en pocas palabras.

LA CONDESA.—No te asustes, por Dios!

TECLA.—Hablad, por compasión.

LA CONDESA.—De ti depende hacer un gran servicio á tu padre.

TECLA.—¿De mí? ¿Qué puedo hacer yo?

LA CONDESA.—Max te ama, y tú puedes atarle á tu padre con lazo indisoluble.

TECLA.—¿Qué necesidad hay de mí para eso, si el lazo existe ya?

LA CONDESA.—Existía.

TECLA.—¿Y por qué no subsistirá ahora?

LA CONDESA.—Porque sigue adicto al Emperador.

TECLA.—Cuanto lo exijan su honor y lealtad.

LA CONDESA.—Pero ahora se trata de probar no su lealtad, sino su amor. Estas palabras son muy elásticas y equivocas, y es fuerza que así lo comprenda. El amor ha de enseñarle en qué consiste el honor.

TECLA.—¿Cómo?

LA CONDESA.—Es fuerza que renuncie al Emperador ó á ti.

TECLA.—Se retirará del servicio, y seguirá al lado de mi padre. Ya sabéis cuánto desea dejar las armas.

LA CONDESA.—Es fuerza, no que las deponga, sino que se sirva de ellas en pró de tu padre.

TECLA.—La vida dará por él..... si hay quien se le atreve.

LA CONDESA.—Veo que no quieres comprender..... ¡Pues bien!... Sabe que tu padre ha roto con el Emperador y que va á reunirse al frente de su ejército con los enemigos.

TECLA.—¡Oh, madre mía!

LA CONDESA.—Necesita un gran ejemplo que decida á las tropas. Los Piccolomini ejercen sobre ellas gran influjo, y su partido será decisivo. Nos aseguramos al padre por medio del hijo... Mucho puedes hacer tú.

TECLA.—¡Oh, madre mía! ¡Qué golpe mortal te amenaza!... ¡Ah!... no sobrevivirá á él.

LA CONDESA.—Se someterá á las circunstancias: la conozco mucho. Lo lejano é indeciso la abrumba, pero lo real é irreparable lo soporta con resignación.

TECLA.—¿Cómo presentía todo eso!... Ya llegó, ya está aquí la fría mano de la suerte que me arrebató todas mis esperanzas!... Harto lo sabía! En el mismo punto en que pisé esta casa, advertí sobre mi cabeza los astros de la desventura... Mas, ¿por qué pensar en mí antes que en mi madre? ¡Oh, madre mía, madre mía!

LA CONDESA.—Serénate, hija, y no te deshagas en lamentaciones. Conserva para tu padre un amigo, y

un amante para ti. Todo puede tener buen fin todavía.

TECLA.—¡Buen fin!... ¿Y cómo?... Estamos separados para siempre, ¡ay de mí! No hay que hablar más en ello.

LA CONDESA.—No te abandonará; no puede abandonarte.

TECLA.—¡Desventurado!

LA CONDESA.—Si te ama de veras, pronto lo tendrá resuelto.

TECLA.—Pronto lo tendrá resuelto; seguro. ¿Pero qué?... ¿Cabe siquiera que haya de resolverse todavía?

LA CONDESA.—Serénate... siento que se acerca tu madre.

TECLA.—¿Cómo soportaré su vista?

LA CONDESA.—Serénate.

ESCENA III

Dichas.—LA DUQUESA

LA DUQUESA (*á la condesa*).—¿Quién estaba aquí? Me pareció haber oído hablar á alguien con viveza.

LA CONDESA.—Nadie.

LA DUQUESA.—Estoy tan asustadiza...! Al más leve ruido me figuro ver entrar algún mensajero de desgracia... Dime, ¿qué ocurre? ¿Obedecerá al Emperador? ¿Enviará la caballería al cardenal? ¿Despidió á Questenberg con favorable mensaje? Habla.

LA CONDESA.—No; no es este el partido que tomé.

LA DUQUESA.—Entonces, esto es hecho. ¡Presiento una gran desventura!... Le destituirán, y tendremos otra vez lo de Ratisbona.

LA CONDESA.—Tranquilízate; esta vez las cosas llevarán otro camino, yo te lo aseguro.

(*Tecla, vivamente conmovida, se echa en brazos de su madre, sollozando largo rato.*)

LA DUQUESA.—¡Ah, hombre inflexible é intratable! Cuánto he debido padecer y sufrir en mi matrimonio! Toda mi vida con él ha sido una continua angustia, como si me hubiesen encadenado á un carro de fuego siempre girando, siempre despeñado con violencia! Me arrastró al borde de un abismo escarpado, donde vivo siendo víctima del espanto y el vértigo. Hija mía, no llores... No temas que mis penas sean presagio de las tuyas. No hay otro Friedland en el mundo; con que no has de temer la suerte de tu madre.

TECLA.—Huyamos, madre mía, huyamos: no se hizo para nosotros esta casa. Cada hora que se acerca trae un nuevo sobresalto.

LA DUQUESA.—¡Más tranquila será tu suerte, hija mía! Yo misma, tu padre y yo, hemos visto días mejores, que á veces recuerdo con placer. Entonces se mostraba activo y sereno á la par; su ambición era como el fuego moderado que calienta, no la violenta llama que devora. Amado del Emperador, gozaba de su confianza; el Emperador le consultaba en todas sus empresas; mas desde el día desdichado de Ratisbona, en que fué depuesto, se volvió desconfiado, suspicaz, misántropo, sombrío, y, siempre inquieto, perdida la fe en su antigua fortuna, se arrojó á oscuros manejos, funestos á sus autores.

LA CONDESA.—Esta es vuestra opinión, pero no me parece muy propia de este momento, mientras le estamos aguardando. Pronto estará aquí y no conviene que os vea en semejante estado.

LA DUQUESA.—Ven, hija mía, enjuga tus lágrimas, muéstrate á tu padre con la frente serena. Mira, que traes en desorden el pelo; recoge esas trenzas... Ven, seca tus lágrimas, que empañan tu dulce mirada... ¿Qué iba á decir?... ¡Ah!... ya sé... ¿Sabes que Picco-

lomini me parece un joven de mucho talento y muy distinguido?

LA CONDESA.—¡Verdad!

TECLA (*á la condesa, con ansiedad*).—Tía, hazme el favor de excusarme. (*Hace que se va.*)

LA CONDESA.—¿Adónde vas?... Tu padre está aquí.

TECLA.—Ahora no puedo verle.

LA CONDESA.—Pero te echará de menos, y te llamará.

LA DUQUESA.—¿Por qué te vas?

TECLA.—Me es imposible verle.

LA CONDESA (*á la duquesa*).—Se siente indispueta.

LA DUQUESA (*inquieta*).—¿Qué tienes, hija mía?

(*Ambas la siguen y procuran detenerla. En esto sale Wallenstein hablando con Illo.*)

ESCENA IV

Dichas.—WALLENSTEIN.—ILLO

WALLENSTEIN.—¿Nada ocurre en el campamento?

ILLO.—Todo está tranquilo.

WALLENSTEIN.—En breve tal vez recibiremos la noticia de que Praga es nuestra; entonces podremos arrojar la máscara y anunciar á las tropas el paso que dimos y sus resultados. En estos casos el ejemplo es el gran agente; el hombre es un sér imitador, y quien marcha á la cabeza, conduce el rebaño. Las tropas de Praga sólo saben que Pilsen se alzó por nosotros, y bastará que Praga dé el ejemplo para que Pilsen nos jure fidelidad. Dime, ¿se declaró Buttler?

ILLO.—Espontáneamente, y sin previa invitación, vino á ofrecerme sus tropas.

WALLENSTEIN.—Por lo visto, no hay que fiar de presentimientos. ¡Cuántas veces el espíritu de la mentira

imita por engañarnos el acento de la verdad con impostores oráculos? Perdóneme mi bravo compañero mi secreta injusticia, pero el caso es que un sentimiento que no puedo dominar, y que no quiero llamar miedo, me sobrecoge á su vista y detiene el libre impulso de la amistad. ¡Y pensar que él me ofrece la primera prenda de ventura!

ILLO.—No dudes que su ejemplo seducirá á los demás jefes del ejército.

WALLENSTEIN.—Ahora vé, y tráeme aquí á Isolani. Hace poco le hice un favor, y quiero empezar por él. (*Vase Illo.—Se adelantan las tres mujeres.*) ¡Ah!... ¡aquí mi esposa y mi hija! Descansemos un instante de nuestros cuidados. Acercaos, que necesito pasar una hora de calma en brazos de los míos.

LA CONDESA.—Tiempo há que no nos habíamos visto reunidos como hoy, hermano mío.

WALLENSTEIN (*aparte á la condesa*).—¿Está ya preparada para oirme?

LA CONDESA.—Todavía no.

WALLENSTEIN.—Ven, hija mía; siéntate junto á mí. Me ponderó tu madre tu talento; dice que fluye de tus labios bálsamo saludable con tu voz tierna y melodiosa. Una voz así necesito yo ahora para alejar el maléfico espíritu que se cierne sobre mi cabeza.

LA DUQUESA.—¿Dónde está tu laúd, Tecla? Ven acá; dale á tu padre una prueba de tu habilidad.

TECLA.—¡Oh, madre mía! ¡oh, Dios mío!

LA DUQUESA.—Ven, Tecla, dale esta alegría á tu padre.

TECLA.—No puedo, no puedo, madre mía!

LA CONDESA.—¿Qué dices?... ¿Qué te pasa?

TECLA (*á la condesa*).—¡Comasión!... Cantar en este momento!... en tal angustia!... delante de él, que empuja á mi pobre madre á la muerte!

LA DUQUESA.—Vamos, Tecla!... ¿caprichitos tenemos?... Tu padre no puede desear en vano...

LA CONDESA.—Aquí está el laúd.

TECLA.—¡Dios mío!... ¿cómo podré...?

(Coge el laúd con mano temblorosa y lucha consigo misma; pero apenas se dispone á empezar, con súbito terror lo echa al suelo y se va corriendo.)

LA DUQUESA.—¡Hija mía!..... Está enferma, sin duda.

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué tiene?... ¿le ocurre eso á menudo?

LA CONDESA.—Ya que ella se vende, no quiero callar más.

WALLENSTEIN.—¡Pues!... ¿qué hay?

LA CONDESA.—Le ama.

WALLENSTEIN.—¿Le ama?... ¿A quién?

LA CONDESA.—A Piccolomini. ¿No lo has notado? ¿Ni tú tampoco?

LA DUQUESA.—¡Con que esto es lo que la trae perturbada de ese modo!... Dios te bendiga, hija mía; no tienes por qué ruborizarte de tu elección.

LA CONDESA.—Ese viaje... Si era otro tu designio, tú tienes la culpa; debiste elegir otro guía.

WALLENSTEIN.—¿Y él lo sabe?

LA CONDESA.—Confía hacerla suya.

WALLENSTEIN.—¡Cómo suya!... ¡Ese muchacho está loco!

LA CONDESA.—Pues díselo á ella misma.

WALLENSTEIN.—¡Figurarse obtener la hija de Friedland!... Pues me gusta... No es corto de genio.

LA CONDESA.—¡Como siempre te le has mostrado tan amigo!...

WALLENSTEIN.—¿Y con eso basta para que aspire á heredarme? Sí, lo confieso, le quiero mucho y le tengo en mucho, pero ¿qué tiene eso que ver con la mano de mi hija? ¿Sólo concediéndola se demuestra á uno la estimación?

LA DUQUESA.—Su noble carácter, sus costumbres...

WALLENSTEIN.—Le darán derechos sobre mi corazón, pero no sobre mi hija.

LA DUQUESA.—Su jerarquía, su alcurnia...

WALLENSTEIN.—¡Su alcurnia!... Después de todo no es más que un vasallo, y yo quiero buscarme un yerno en los tronos de Europa.

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío!... ¡Más nos valiera no subir tan alto por miedo á más honda caída!

WALLENSTEIN.—¡Y tú quieres que tantos sacrificios como hice por alzarme hasta el lugar en que me hallo, y dejar á la zaga al vulgo, parasen en un enlace ordinario! Ah, no... (Calla de pronto y dice serenándose.) Es cuanto sobreviviera de mí en este mundo. Quiero ceñir á su frente una corona, ó perecer en la demanda. ¡Pues qué! cabalmente ahora en que lo arriesgo todo, absolutamente todo, para darle más alto destino (Se detiene pensativo)... secundar ahora ese amor, como padre sin carácter y contraer esa alianza común... ¡hoy cabalmente consentir!... ¡hoy que se va á consumir mi obra!... No, no... es mi mayor y más guardado tesoro, el lote más precioso de mi riqueza, y no he de trocarlo sino por un cetro real.

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío! Así construyes tu edificio, y le elevas hasta las nubes con creciente afán, sin pensar que sus mezquinos cimientos no soportan la frágil y vacilante fábrica.

WALLENSTEIN (á la condesa).—¿Le dijiste á dónde quiero que se retire?

LA CONDESA.—Todavía no. Tú mismo se lo dirás.

LA DUQUESA.—¡Cómo!..... ¿No volvemos á Carintia?

WALLENSTEIN.—No.

LA DUQUESA.—¡Ó á cualquiera de nuestras tierras!

WALLENSTEIN.—No estaríais seguras.

LA DUQUESA.—¿En los estados del Emperador no estaríamos seguras?

WALLENSTEIN.—La esposa de Friedland no debe esperar nada del Emperador.

LA DUQUESA.—¡ Ah, Dios mío! ¡ A tal punto habéis llevado las cosas!

WALLENSTEIN.—En Holanda hallaréis un asilo.

LA DUQUESA.—¿ A un país luterano nos mandas?

WALLENSTEIN.—El duque de Lauenburg os acompañará.

LA DUQUESA.—¡ Lauenburg! ¡ el aliado de los suecos!... ¡ el enemigo del Emperador!

WALLENSTEIN.—Los enemigos del Emperador ya no lo son míos.

LA DUQUESA (*mirando con espanto al duque y á la condesa*).—¡ Entonces es cierto y está decidido que caíste en desgracia y perdiste el mando! ¡ Dios mío, Dios mío!

LA CONDESA (*al duque*).—Dejémosla en esta idea; ya ves que no podría soportar la verdad.

ESCENA V

Dichos.—EL CONDE TERZKY

LA CONDESA.—¿ Qué tienes? Pareces asombrado como si acabaras de ver un fantasma.

TERZKY (*llevándose á Wallenstein á un lado*).—¿ Ordenaste que partieran los croatas?

WALLENSTEIN.—No sé nada.

TERZKY.—Estamos vendidos.

WALLENSTEIN.—¡ Cómo!

TERZKY.—Salieron esta noche... lo propio han hecho los cazadores... Todos los retenes están desalojados.

WALLENSTEIN.—¿ Y qué hace Isolani?

TERZKY.—Tú le mandaste que se fuera.

WALLENSTEIN.—¡ Yo!

TERZKY.—¿ Cómo no?... ¿ Ni á Deodati tampoco? Los dos han desaparecido.

ESCENA VI

Dichos.—ILLO

ILLO.—¿ Te ha dicho Terzky...

TERZKY.—Todo lo sabe.

ILLO.—¿ Sabe también que Maradas, Esterhazy, Goetz, Collalto y Kaunitz le abandonaron?

TERZKY.—¡ Demonio!

WALLENSTEIN (*haciéndole una seña*).—¡ Silencio!

LA CONDESA (*que los habrá observado inquieta y á distancia, se acerca á ellos*).—Terzky... ¡ gran Dios!... ¿ qué pasa?

WALLENSTEIN.—Nada. Salgamos.

TERZKY (*siguiéndole*).—Nada, nada, Teresa.

LA CONDESA (*le detiene*).—¡ Cómo nada! ¡ no veo por ventura que estás pálido como un difunto y que mi hermano se esfuerza en parecer tranquilo!

UN PAJE (*saliendo*).—Un ayudante desea hablar al señor conde. (*Terzky se va con el paje.*)

WALLENSTEIN.—Vé á saber qué quiere. (*A Illo.*) Eso no pudo pasar tan sin ruido, como no se hayan sublevado todos. ¿ Quién está de guardia en las puertas?

ILLO.—Tiefenbach.

WALLENSTEIN.—Pues que sea relevado inmediatamente por los granaderos de Terzky... Oye; ¿ qué noticias tenéis de Buttler?

ILLO.—Acabo de encontrarle; aquí estará luégo: ese permanece adicto.

(*Vase Illo. Wallenstein hace que se va tras él.*)

LA CONDESA.—No le dejes salir, hermana... deténle... una catástrofe...

LA DUQUESA.—¡Dios mío! ¿qué pasa! (*Le detiene.*)

WALLENSTEIN (*despreñdiéndose de sus manos*).—Dejadme, serenaos... En un campamento, así van siempre las cosas; el sol y la tormenta se suceden sin interrupción. Toda esa gente impetuosa es difícil de gobernar, y el general no puede disfrutar de un instante de reposo. Quedaos aquí... Yo salgo... los sollozos de las mujeres mal se acuerdan con la actividad de los hombres. (*Intenta irse. Vuelve Terzky.*)

TERZKY.—Quédate aquí. Desde esta ventana podrás verlo todo.

WALLENSTEIN.—Sal, hermana.

LA CONDESA.—Jamás.

WALLENSTEIN.—Yo lo quiero.

TERZKY (*se la lleva á un lado y le señala á la duquesa*).—¡Teresa!

LA DUQUESA.—Salgamos, hermana mía, puesto que así lo manda. (*Vanse.*)

ESCENA VII

WALLENSTEIN, TERZKY

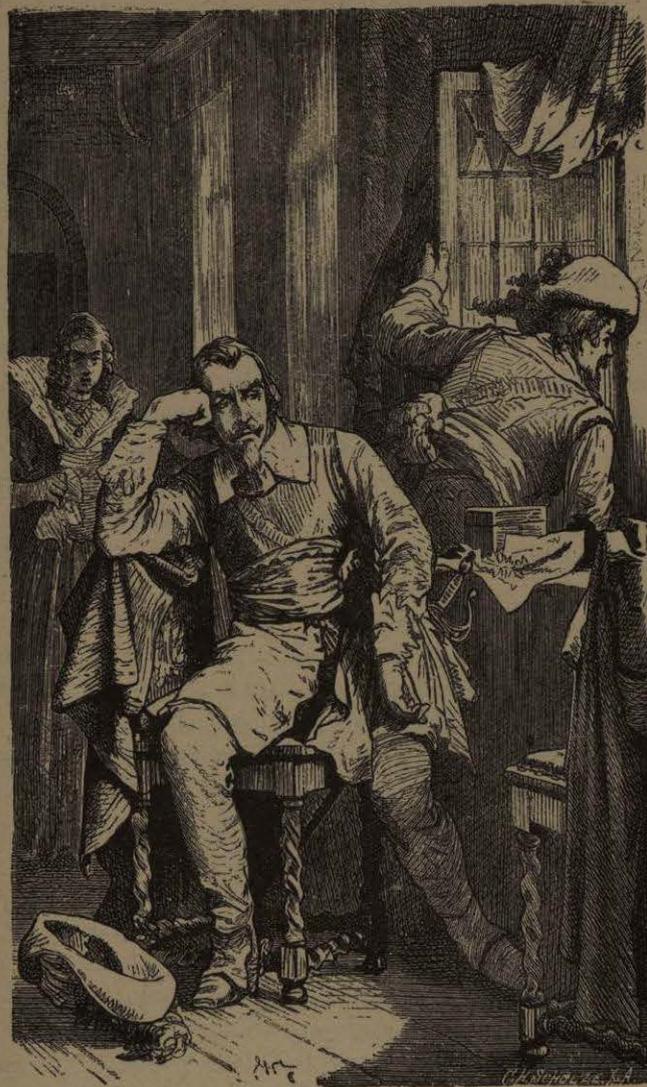
WALLENSTEIN (*á la ventana*).—Pues... ¿qué ocurre?

TERZKY.—Reina gran agitación y movimiento entre las tropas sin que nadie sepa el motivo, y... cada cuerpo acude á agruparse en torno de sus banderas con misterioso silencio. Los regimientos de Tiefenbach ponen mala cara. Los valones son los únicos que se mantienen separados en sus puestos sin permitir la entrada á nadie, y tranquilos como de costumbre.

WALLENSTEIN.—¿Está con ellos Piccolomini?

TERZKY.—Por más que le han buscado, no se le encuentra en parte alguna.

WALLENSTEIN.—¿Qué os dijo el ayudante?



WALLENSTEIN.

TERZKY.—Le comisionaron mis regimientos para renovarte su juramento. Aguardan con impaciente ardor la señal del combate.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo estalló el tumulto? El ejército nada debía saber antes que la fortuna se decidiera por nosotros en Praga.

TERZKY.—¡Ah si me hubieses creído!... Ayer mismo te conjurábamos todavía á que no dejaras salir á Octavio, esa serpiente... y tú mismo le das caballos para la fuga.

WALLENSTEIN.—¡Vuelta al estribillo!... Resueltamente, no hablemos más de tan absurdas sospechas.

TERZKY.—Fíaste igualmente en Isolani, y es el primero que te abandona.

WALLENSTEIN.—Ayer le saqué de la miseria... ¡Vaya mucho con Dios!... Jamás conté con la gratitud.

TERZKY.—Todos son iguales.

WALLENSTEIN.—Después de todo, está en carácter abandonándose. Sigue fiel al acaso, su señor en la mesa de juego. No á mí, sino á mi fortuna era adicto, y por tanto á ella y no á mí abandona. ¿Quién era yo para él, ni él para mí? Yo era la nave cargada de esperanzas en la cual navegaba alegremente en alta mar; ve ahora que nos dirigimos á un escollo y se da prisa á retirar la mercancía. ¿Qué lazo de afecto nos unió? Ninguno; huye como deja el pájaro la rama inútil. Quien fía en los hombres frívolos merece realmente ser engañado. Sobre su estrecha y movable frente, se pintan en fugaces rasgos las imágenes de la vida, mas puedes estar seguro de que nada echará raíces en su mudo corazón, y si el fácil bienestar les mueve blandamente, fáltales el alma que abraza sus entrañas.

TERZKY.—Y sin embargo, prefiero fiarme de esas frentes tersas que de las ceñudas.

ESCENA VIII

WALLENSTEIN.—TERZKY.—ILLO enfurecido

ILLO.—Traición... se sublevan.

TERZKY.—¿Qué ocurre?

ILLO.—Al dar la orden de retirarse á los regimientos de Tiefenbach... ¡Canallas! ¡olvidar así sus deberes!...

TERZKY.—Pero ¿qué?

WALLENSTEIN.—¡Qué!

ILLO.—Se han negado á obedecer.

TERZKY.—¡Fuego en ellos!... Mándalo.

WALLENSTEIN.—Calma. ¿Qué pretexto dan para eso?

ILLO.—Dicen que ellos sólo deben obedecer á su teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

ILLO.—Que tal es su orden, que él les ha mostrado con la firma del Emperador.

TERZKY.—Con la firma del Emperador... Ya lo oyes.

ILLO.—Por su mandato se fugaron también ayer los coroneles.

TERZKY.—Ya lo oyes.

ILLO.—Montecucculi, Caraffa y seis generales más, están ya muy lejos, y también él les persuadió. Tiempo há se guardaba la orden en el bolsillo, y últimamente se concertó con Questenberg.

(*Wallenstein cae en una silla, ocultando el rostro entre las manos.*)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído!

ESCENA IX

Dichos.—LA CONDESA

LA CONDESA.—Yo no tengo más paciencia... Decidme qué pasa, por Dios!

ILLO.—Las tropas nos abandonan; el conde Piccolomini es un traidor.

LA CONDESA.—¡Bien lo presentía! (*Se va corriendo.*)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído! Ya ves cómo las estrellas te han mentido.

WALLENSTEIN (*levantándose*).—No; las estrellas no mienten; cuanto ocurre es contrario á su curso y al destino. La ciencia y las profecias descansan en la verdad, pero la doblez de un corazón hipócrita desmintió al mismo cielo, que cuando la naturaleza se sale de las vías comunes, toda la ciencia se extravía. Si fué una superstición quien me impidió deshonorar la naturaleza humana con tales dudas ¡oh! nunca jamás me sonrojara mi flaqueza. Hasta en el instinto de los animales existe una suerte de religión; hasta los salvajes evitan compartir el pan con su víctima. ¡Ah, no es un rasgo de heroísmo lo que has hecho, Octavio! No fué tu prudencia quien venció la mía, sino tu vileza quien triunfó indignamente de mi noble confianza. ¿Qué escudo podía resguardarme de tu golpe mortal, si le descargaste sobre un pecho indefenso, y contra semejantes armas soy débil como un niño?

ESCENA X

Dichos.—BUTTLER

TERZKY.—Aquí está Buttler. Aún nos queda un amigo.

WALLENSTEIN (*se dirige hacia él con los brazos abiertos y le abraza cordialmente*).—¡Ven á mis brazos, ven, mi antiguo compañero de armas! No son tan suaves en primavera los rayos del sol, como la presencia de un amigo en tales momentos.

BUTTLER.—General... vengo...

WALLENSTEIN (*apoyándose en el hombro de Buttler*).—¿Sabes ya que Piccolomini, el padre, me ha vendido al Emperador?... ¿Qué dices á eso? Treinta años hemos vivido juntos y soportado las mismas penalidades; en campaña, uno fué nuestro lecho, en la misma copa bebimos, nos partimos el mismo pan. En él me apoyaba como ahora en tus fieles hombros, y en el propio instante en que mi corazón latía confiado junto al suyo, advierte la ventaja, espía el momento favorable y me parte el pecho de una puñalada.

BUTTLER.—Olvidad ahora al pérfido, general; decidme ¿qué partido pensáis tomar?

WALLENSTEIN.—Dices bien ¡vamos! no pensemos más en él. Amigos me quedan todavía, ¿no es verdad? el destino se me muestra afectuoso, puesto que al disimular á un hipócrita, me favorece con un hombre leal. No hablemos más de él, ni penséis que lo eche de menos. Lo que me aflige es su traición, porque yo los amaba, los estimaba á los dos... Y Max me amaba también de verdad... Este no me fué traidor, no... Basta, basta... Lo que ahora conviene es tomar prontas medidas. El correo del conde Kinzky puede llegar de un momento á otro y no ha de caer su mensaje en manos de los sublevados. Con que mandad corriendo un propio que salga á recibirle... un hombre de confianza que me lo traiga en secreto.

(*Illo hace que se va. Buttler le detiene.*)

BUTTLER.—¿Á quién aguardáis, mi general?

WALLENSTEIN.—El correo de Praga, con la nueva de lo que allí haya ocurrido.

BUTTLER.—¡Hum!

WALLENSTEIN.—¿Qué os pasa?

BUTTLER.—Entonces, no sabéis...

WALLENSTEIN.—¡Qué!

BUTTLER.—Cómo fué el tumulto.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

BUTTLER.—El correo...

WALLENSTEIN (*con inquietud*).—¿Qué?

BUTTLER.—... Ya está aquí.

TERZKY É ILLO.—¿Está aquí?

WALLENSTEIN.—¿Mi correo?

BUTTLER.—Algunas horas há.

WALLENSTEIN.—¡Y yo nada sé!

BUTTLER.—La guardia le ha preso.

ILLO (*dando con el pié en el suelo*).—¡Maldición!

BUTTLER.—Su carta ha sido abierta y corre de mano en mano por el campamento.

WALLENSTEIN.—¿Sabéis qué dice?

BUTTLER (*indeciso*).—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡Desdichados de nosotros, Illo!... Todo se derrumba á un tiempo!

WALLENSTEIN.—Nada me ocultéis. Tengo suficiente ánimo para oír la más terrible noticia. ¿Se perdió Praga? Decidlo francamente.

BUTTLER.—¡Se perdió! Todos los regimientos apostados en Budweis, Tabor, Braunau, Königgrätz, Brun, Snam, os abandonaron y renuevan su juramento al Emperador. Hay orden de arrestaros á vos, á Kinsky, Illo, Terzky.

(*Terzky é Illo se manifiestan desesperados y aterrorizados.*)

(*Wallenstein permanece firme y tranquilo.*)

WALLENSTEIN (*pausa*).—¡Por fin!... Así es mejor. Pronto me libertaron de las angustias de la duda; libre ya, todo se aclara para mí. La estrella de Friedland fulgura con mayor brillo entre las sombras de la noche. Perplejo é irresoluto tiré de la espada, y sujeto á violentas contradicciones mientras me fué dable elegir, pero ahora la necesidad se impone y las dudas se desvanecen. Combato por mi vida y por mi cabeza.

(*Vase, seguido de los demás.*)